

ganchan en las grandes plantas de las orillas ó se hunden en los agujeros. Hay cosas que se sienten escapar delante de nosotros en la espesura de las hojas; lagartos ó aves ó animales cualesquiera que dormían y á los cuales espantamos. A veces siento que me hacen pasar por una tabla delgada, mientras que sus pies se chapuzan ruidosamente en el agua: un puentecillo sobre algún arroyo que atraviesa el camino. Es tan de noche, que prefiero cerrar los ojos. Ramas, hierbas locas me azotan el rostro. Y siempre aquel olor cálido, almizclado, que sube de la tierra y que trastorna en cuanto se está debajo de los árboles.

Pretenden que llegamos. Entonces miro, y á través del encaje de las hojas veo una cantidad asombrosa de luces que brillan, que tiemblan, como prontas á extinguirse; luces tan pequeñas, tan discretas, que parecen resplandores de insectos. Por lo demás están distribuidas con mucha regularidad en filas: parece aquello un gran tablero de damas iluminado en todas sus esquinas por gusanos de luz.

Es la pagoda, dicen; es la fachada, que está iluminada de aquel modo extraño.

Entramos en una pequeña calva donde cae de arriba el resplandor de las estrellas, y esto consuela después de la obscuridad profunda y la sofocación de aquellos bosques. La pagoda está allí delante de nosotros, con su iluminación misteriosa, que tiembla á cualquier soplo imperceptible de la noche y que sigue apagándose. Es una pagoda muy humilde, muy baja, de madera vieja carcomida. En las tablas de la pared hay especies de cucharas clavadas por el mango por intervalos regulares, guarneciéndolo todo desde la base hasta el techo; están llenas de aceite, y en cada una de ellas se empapa una mecha encerada, como un tallo de hierba, que acaba de consumirse.

No hay nadie alrededor, y sin duda nadie dentro tampoco, porque la puerta está cerrada con cerrojo. ¿Quién es el que ha venido á encender aquellas lucecitas, tan poco duraderas, que parecen hechas para no tener más que algunos minutos de vida? ¿Para qué furtiva ceremonia aquellos preparativos de un momento? Mis guías no pueden decírmelo. *Se hace esto muchas veces por la noche..... cuando hay algo que pedir.....*

Toda aquella luz se apaga..... Vamos á volver á caer en la noche oscura.

Pero antes los pequeños me enseñarían de buena gana el interior de su templo, los ídolos que le habitan. Y helos aquí sacudiendo aquella vieja puerta, desgarrándose los dedos en los herrajes; resiste, hay que renunciar. En la pared los lumineros moribundos se siguen extinguendo. ¿Cómo arreglarse? A falta de otra cosa, querrían, por lo menos, presentarme un dios, uno antiguo, que se ha relegado por desecho detrás del templo..... Pero á éste no le encuentran..... ¡Ah, ya lo veo, ó más bien, lo adivino; debe ser aquella forma de espantoso gnomo, agachada en el suelo, adosada á la pared. Con una de las pequeñas mechas que brillan todavía, cogida con los dedos con exposición de quemarse, la iluminan por debajo de la barba, y distingo una figura horrible, rudimentaria, dos carreras de dientes, una frente y ojos carcomidos por el pulgón de los bosques. Al lado, fragmentos de escultura sobre la hierba, que parecen despojos de monstruos, de piernas, de quijadas.

Todavía otra cosa que enseñarme. Pronto, pron-

to. Se ve bien claro que están familiarizados con el lugar. Mientras el más pequeño, muy agitado, con los dedos llenos de aceite, elige acá y allá en las cucharas de la pared los cabos de torcida que todavía pueden volverse á encender, el hermano mayor se alza sobre la punta del pie, trepa y va á registrar bajo las vigas del techo..... Por fin, ha logrado poner la mano sobre el personaje que buscaba: un pequeño monstruo de madera, grosero, borroso, que tiene vagamente una cabeza de elefante sobre un cuerpo de hombre. Los dos se ríen en sus narices, y luego le vuelven á meter en su agujero á toda prisa. ¿Qué hace allí aquel dios, y por qué le tienen colocado en aquel agujero bajo los techos con los nidos de pájaros?

Han conseguido pescar otras torcidas: las encenderán una tras otra en el camino, y si andamos muy de prisa, aquella iluminación nos servirá á través de los bosques hasta la grande avenida de donde salimos.

Apenas alumbran aquellas extrañas lamparillas que sacuden con gestos escaldados; pero con ellas vemos de cuando en cuando alguna forma de hoja,

la parte inferior de una palmera, ó bien alguna flor de orquis que se destaca de pronto sobre el fondo verde sombrío.

Y luego ¡crac! tiran la última en la hierba, quemándose de verdad. Y henos aquí más dignos de lástima que nunca, sin que nuestros seis ojos juntos puedan ver ni una gota; mis guías se embrollan y me llevan á un macizo impenetrable, á un sitio en que me encuentro con los pies en el agua y con el cuerpo enredado por las ramas.....

.....
 Por fin salimos del atolladero y volvemos á las hermosas calles derechas de los barrios civilizados.

En estas alamedas se ven correr por acá y allá grandes luces balanceadas sin cesar por un movimiento que las atiza. Son los transeuntes que se alumbran así, siguiendo la antigua moda india: un manojo de ramas encendidas que se lleva en la mano y que se sacude al andar agitando los brazos para avivar la llama. Aquellos luminaires se cruzan en todas las direcciones, agitándose y dejando en el aire un humo perfumado.

Una hora lo menos todavía antes del momento en que mi barco debe venir á la embocadura del río para tomarme, á fin de hacer la travesía nocturna de cada noche.

Aquí ya no hay nada que hacer. He pagado á mis pequeños guías, que ya no necesito; pero quieren permanecer cerca de mí hasta el fin, por desinterés, por afecto.

Delante de la iglesia, en medio de la gran plaza descubierta, hay un banco de piedra bajo un árbol. Un árbol que, por causa extraña, no es una palmera, pero que se parece casi, de noche, á uno de nuestros robles franceses. Me siento allí para esperar, con mis compañeritos á mi lado.

Alrededor de aquel sitio hay otros árboles, que forman como cortinas negras, en los cuales no se conoce ningún detalle, nada que indique una región precisa de la tierra. Y aquella iglesia que se levanta tranquila y blanca bajo las estrellas, me hace pensar en una de las aldeas donde pasaba yo los veranos de mi infancia. Los dos pequeños, que están cerca de mí contándome historias, hablan nuestra lengua, y muchos de nuestros aldeanos se

expresan menos bien que ellos. La hierba huele bien; los grillos cantan, como entre nosotros, en los esplendores del mes de Junio..... ¡Oh bella noche estrellada, noche tranquila, noche llena de dulces claridades, noche maravillosa!..... ¡Y decir que aquel banco de piedra, en el cual descanso con una tranquilidad tan deliciosa, está situado en un país lejano, perdido, donde los azares de la vida me han llevado por un día y donde sin duda nunca volveré! Es extraño, sin embargo, ver cómo se parece á otro cierto banco donde me sentaba en otro tiempo, hace mucho, por la noche, al raso.....

Aquel reposo en la obscuridad, aquel aire tibio, aquellos olores de hierbas, ¡con cuánta claridad me recuerda todo esto las noches de los primeros veranos de mi vida, en el campo, cerca de los bosques!..... Por el camino, delante de nosotros, pasan gentes rozando la hierba; apenas las vemos; su traje ya no se distingue, pero oímos las *buenas noches* que nos dicen. Pasan también carros arrastrados por bueyes y guiados por hombres á pie: á aquellas horas no se ve que son carros extraños, animales raros de cara larga y extravagante, in-

dios morenos con grandes ojos y con pendientes; no, se parecen á nuestros carros cuando vuelven de los campos; se parecen al regreso de las vendimias ó de las cosechas en nuestro país..... Siento que cada vez me sumerjo más en una especie de sueño del *país*, sentado al pie de aquel árbol caótico, que se ha convertido para mí en un roble de Saintonge: encima de mi cabeza, á través de su negro ramaje, veo brillar una multitud de cositas relucientes, que son estrellas. De tantos recuerdos amontonados en mi memoria, los más lejanos son los que persisten á presentarse en aquel momento, los de mi primera infancia.

En la época á que me refiero, y esto es muy cierto, los veranos en nuestro país no eran empañados y fugitivos como ahora; duraban más, y sobre todo tenían un esplendor sereno que han perdido. Los crepúsculos de Junio, me acuerdo bien, tenían una tibia languidez, y las noches una transparencia..... Era una como especie de irradiación misteriosa esparcida en la obscuridad; eran como la noche aquella..... Había olvidado todo esto, pero al cabo lo encuentro á mi lado, lo reconozco.....

Unicamente los gusanos de luz de Saintonge se estaban quietos en las hierbas, mientras que aquí revolotean locamente; el aire está lleno de sus pequeñas chispas de fósforo; es la única diferencia, todo lo demás se parece..... Pero ¿quién ha podido apagar aquellos hermosos veranos de otro tiempo y cómo he olvidado con los años la impresión de encanto que me causaban? Sólo de cuando en cuando puedo encontrar con trabajo en mi cabeza el rastro casi borrado..... ¡Qué diferencia entre los de hoy, que son pálidos y cortos y los primeros que pasé en la Tierra, que me embriagaban!.....

Comenzamos á oír á lo lejos algo como un ruido de tambores; luego, poco después, cánticos roncós, una especie de coro rápido, y, en fin, de pronto, en la negra cortina de los árboles, una de las grandes avenidas que ya no se veían parece abrirse, horadarse, iluminada en el fondo, allá abajo, por un gran número de blandones inflamados que agitan brazos humanos.

Los cantos se acercan. Es una porción de gente que llega. Ahora se distingue toda la bóveda de la

avenida, una bóveda de palmas iluminada desde abajo por todas las llamas rojas que aquellas personas mueven al pasar.

—Es una boda, señor—dicen los pequeños;— una boda de nuestra religión, señor; una boda de *Tiss*, y podemos *ir para ver*.

—¿Ir? No, no pienso hacerlo; ha turbado mis recuerdos la boda aquella, y la aborrezco.

Hela cerca ya; pasa delante de nosotros. Hay especies de abanicos en el extremo de unos palos, como en los desfiles egipcios; encima de los novios hay grandes quitasoles que por pompa llevan abiertos en plena noche. Gentes, trajes entrevistados á la luz cambiante de las antorchas, á la llama de las ramas que arden. Muselinas blancas echadas al azar sobre hombres cobrizos, velando apenas gargantas admirables; torsos que se inclinan y se columpian sobre delgadas cinturas; paños apretados que se asientan sobre las caderas; ropajes cuyos colores vistosos están combinados en el gusto indio. Las parejas se dan la mano, ó se enlazan poniéndose los brazos en la

cintura; parece que están embriagados de ardor amoroso, ebrios también con gritos y música. Cantan con frenesí; las cabezas están inclinadas hacia atrás, y llevan las bocas completamente abiertas. Oído de cerca, su cántico estridente desgarrador.....

No, no tengo ganas de *seguirla para verla*. Al contrario, á pesar de su belleza mejor quisiera no haberla oído nunca. Es que mis recuerdos tenían un encanto completamente raro y exquisito. Verdaderamente me había vuelto niño pequeño; recobraba impresiones ya olvidadas, deliciosas, inefables que me causaban mis primeras noches de verano. Había un abismo entre el yo que había vuelto á ser y ellos que pasaban.

Quisiera seguir en aquel banco y reanudar todo cuanto ellos han hecho que se disipe.....

Imposible; el olor almizclado de sus cuerpos ha alterado el aire; el ruido que hacían se lo ha llevado todo.

Mi sueñecito tranquilo de *país* y de infancia ha volado. ¿En qué estaba yo pensando? El *país* está lejos y todas las cosas frescas, exquisitas, del prin-

cipio de la vida acabaron para siempre. Esto es la India; estoy en la India, en la India de los pechos de bronce y de los hermosos ojos de terciopelo negro; en la India cálida, exuberante, espléndida! Pues bien, sí, la seguiré, *iré para ver*.....

Y me levanto, impaciente por incorporarme con aquel cortejo, que está ya lejos, perdido de vista, pero que alcanzaremos, dicen los pequeños, por un camino que conocen, por un atajo, si partiéramos en seguida, si corriéramos.

.